

LLANTO POR LOS VANOS OFICIOS

LA vida es así. Mucha gente lo dice. «¡Qué le vamos a hacer! Siempre habrá pobres y ricos». La gente cree a pies juntillas en la absoluta inamovilidad de las estructuras económicas. No hay mal que por bien no venga. «Beati pauperes: quia vestrum est regnum Dei», afirmaba el evangelio de San Lucas, inefable relator de inefables bienaventuranzas. Y así se oye, día tras día, amalgamada con canciones de Raphael y fraseología de fotonovela, la enorme y trágica letanía de los que comparten sin odio el hambre y la nevera comprada a plazos, de los que están al mismo tiempo resignados y satisfechos, de los que instalan la antena del televisor en el tejadillo de su chabola, de los obligados usuarios de corbatas raídas, de los que aconsejan no meterse en nada, de los que afirman con voz convincente que nunca se ha vivido mejor que ahora. Es cierto: nunca se ha vivido mejor que ahora. Nunca, hasta ahora, tuvieron los chupatinas españoles la ocasión de adquirir —mediante una módica entrada y la aceptación de letras de cambio con vencimientos mensuales sucesivos— un Seat 600. Nunca, hasta ahora, tuvieron los guardacoches la oportunidad de escuchar, a través del crujiente altavoz de un transistor, las apasionantes incidencias del campeonato de liga. Nunca, hasta ahora, tuvieron los limpiabotas la exultante posibilidad de ser televidentes y contemplar a Félix Rodríguez de la Fuente, el amigo de los animales, o a Mannix, el enemigo de las computadoras electrónicas. Nunca, palabra de honor.

POR otra parte, la automática y total supresión de los vanos oficios no remediaría nada. En todo caso, daría lugar a un serio desequilibrio nacional. ¿De qué iban a vivir esos miles de personas? ¿Podrían paliarse las consecuencias con un módico incremento de las tarifas postales? El problema del paro sería de campanillas. Y, además, en otro terreno, algunas gentes no so-

portarían el bochorno de vivir en una sociedad sin palpables diferencias humanas. Aunque parezca increíble, existen individuos que sienten la imperiosa y casi enfermiza necesidad de ir repartiendo propinas a diestro y siniestro; es una forma, como cualquier otra, de exteriorización del peso específico social. «Practique la elegancia social de la propina». La cuantía de una propina es el termómetro de la valía de un desconocido.

NO tengo nada personal contra los titulares de oficios vanos. Huyo, lo confieso, de ellos; pero no huyo de su presencia individual, de su condición laboral, de su posible amistad. Huyo de todo lo que ellos representan. Me parece inconcebible y absurdo que, en una época en la que ha sido factible dar saltitos sobre la superficie lunar, se admita tranquilamente que un individuo se postre ante otro individuo para limpiarle los zapatos. No sabría explicarlo correctamente; tendría que empezar a hablar de la dignidad humana, del inalienable derecho del hombre a su más completo desarrollo, del nuevo humanismo y de cosas por el estilo. Pero no soy un teórico de las ciencias sociales. Simplemente, me limito a observar y anotar, desordenada y atropelladamente, mis observaciones.

OS lo juro: no tengo nada contra vosotros, vigilantes nocturnos, porteros de postín, seráficos guardacoches, limpiabotas, almidonados camareros, alternadoras de clubs, obsesivos cerilleros, ujieres de librea, impúberes botones, uniformados lacayos, humildes abrecoches, caterva innumerable de inútiles y superfluos empleos, cofradía de nimios proveedores de vanidad, populoso enjambre de la vacuidad productiva del capitalismo... No, no tengo nada contra vosotros. Únicamente lloro por vosotros, por vuestros vanos oficios, por la triste y torpe sociedad en que os ha tocado vivir. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

MALCOLM HANCOCK

